

Henri Lapeyre y la Historia de España *

por L. M. Enciso Recio

* Texto refundido de la conferencia pronunciada en el Paraninfo de la Universidad de Valladolid el 15 de mayo de 1984.

Mathematical Analysis

Chapter 1: Introduction

Mathematical analysis is a branch of mathematics that deals with the study of functions, limits, and derivatives. It is a fundamental tool for understanding the behavior of functions and is used in many areas of science and engineering.

Una tarde de otoño de 1973 Henri Lapeyre me comentaba, no sin ironía, en el ambiente acogedor del viejo «Conde Ansúrez»: acaba usted de escribir mi elogio fúnebre, pero en vida. Nuestro ilustre amigo se refería a las palabras introductorias que redacté para su obrita *Las etapas de la política exterior de Felipe II*, volumen inaugural de SINTESIS, colección de la Cátedra «Felipe II».

Debo reconocer que pasó por mi cabeza, como un relámpago, la idea de que alguna vez, quizá con una premura que yo no deseaba, la anécdota podría tomar carnadura real. Y eso sucede en esta desapacible tarde de mayo, cuando, a instancias del rector Duque y el decano Valdeón, cumpla el triste y honroso deber de exaltar la memoria del ilustre profesor, fallecido hace apenas dos meses en Biarritz.

Para alguno de los asistentes a esta sesión, posiblemente para muchos, y desde luego para mí, Lapeyre era una figura familiar. Hemos asistido a sus cursos de Historiografía, a sus lecciones o a las sesiones de seminario de la Cátedra «Felipe II», hemos convivido en congresos o coloquios, hemos paseado, hemos conversado, larga y morosamente, en ocasiones solemnes y en otras más llanas y atractivas. ¿Quién, de los miembros veteranos y jóvenes de los Departamentos de Historia Moderna y Contemporánea, no recuerda el chisporroteo vivaz y prolongado de las charlas de Lapeyre, sus anécdotas y chascarrillos, sus brindis, a lo Melis, en homenaje a las personas sencillas o importantes? En estos ágapes singulares, en los que la sustancia no estaba en los alimentos, se ponían de pie y con vida figuras históricas que, leyendo u oyendo a otros, parecían muertas, y se comprendía mejor el signo de las curvas, los textos, los documentos y los libros que componen el delicado instrumental de los historiadores de oficio. Las sobremesas de Lapeyre sirvieron, además, para conocer en su verdadera dimensión personalidades de la historiografía europea y, singularmente, la francesa, no fáci-

les de captar en la anatomía de sus libros o en el análisis de los especialistas.

Un destino indefinible y una voluntad manifiesta están en la base de la vinculación de Lapeyre a Valladolid. Sus hogares naturales en nuestra ciudad eran, por los años 40 y 50, la Universidad y el Archivo de Simancas.

El rector Margelina y los profesores Pérez Villanueva, Magdaleno, Filemón Arribas, Palacio Atard, Ruiz Martín, L. Suárez Fernández, Martín González, Fernández Alvarez, Vázquez de Prada, Cano de Gardoqui, Represa o Corral Castanedo, entre otros, fueron testigos de los afanes de Lapeyre para hacer avanzar su ambiciosa tesis doctoral: «Une famille des marchands: les Ruiz». Al profesor francés se debió, en buena parte, la revalorización del Archivo de Simón Ruiz, rescatado por entonces de la celosa vigilancia de don Leonardo de la Peña, ubicado en nuestro Archivo Universitario y clasificado por D. Angel de la Plaza. Los componentes del Seminario de Historia Moderna, cuyas instalaciones de Santa Cruz poseían un encanto irreplicable, tienen, seguramente, en la memoria, los esfuerzos de renovación metodológica que Lapeyre aplicaba, en la línea postulada por su maestro Braudel, al estudio de la economía española del s. XVI.

Después de 1953 las estancias de Lapeyre se distanciaron mucho. El cordón umbilical que le mantuvo ligado a Valladolid fué Simancas. El archivo, cuyas instalaciones se remozaron por entonces gracias al celo de su inolvidable director, Ricardo Magdaleno, atraía no sólo por la riqueza de sus fondos, sino por la belleza del emplazamiento y la profesionalidad y simpatía de sus funcionarios. Angel de la Plaza, Ricardo Magdaleno, Concepción Alvarez Terán, Amalia Prieto, Asunción de la Plaza y, «the last but not the least», Amando Represa, son nombres asociados en el recuerdo al incansable esfuerzo del ilustre profesor francés. El propio Lapeyre ha rememorado sus batallas con el «maremágnum de la Contaduría Mayor de Cuentas»¹ y las «largas investigaciones en 1962 y 1963, sobre todo, en la Escribanía Mayor de Rentas»².

1. H. LAPEYRE, *El comercio exterior de Castilla a través de las aduanas de Felipe II*, Valladolid, *Estudios y Documentos*, 1981, p. 12.

2. *Ibid.*

Los años 70 y 80 acentuaron, si cabe, los lazos del fallecido maestro de Grenoble con Valladolid.

«En 1969, y como consecuencia de una iniciativa de su rector, Dr. Suárez Fernández, y el decano, Dr. Martín González, [nuestra] Universidad le confirió, [en un acto solemne al que asistió el maestro Bataillon], el grado de doctor «honoris causa» por la Facultad de Filosofía y Letras»³. Con posterioridad, Lapeyre participó en múltiples cursos organizados por la Cátedra «Felipe II» o el Departamento de Historia Moderna.

Pero hubo más. Por los años 70 la fama de Lapeyre entre nosotros había traspasado la frontera universitaria. La Cámara de Comercio, como homenaje a un hispanista que nunca había decaído en su vocación, patrocinó, en 1971, la traducción al castellano de su gran obra sobre los Ruiz, y el Ayuntamiento de Medina del Campo le otorgó la medalla de la villa.

Si la proximidad de Lapeyre a Valladolid expresa un amor de predilección, en el plano intelectual tiene más relevancia su devoción por la historia española y la mentalidad, hombres, paisajes y costumbres de la pluriforme España. «Desde sus primeros viajes a Navarra y Valencia dió testimonio de ello en múltiples ocasiones, pero las pruebas más eminentes las han recibido sus amigos españoles, los discípulos beneficiados por sus enseñanzas y los profesionales o apasionados de los estudios históricos. Cada etapa del «curriculum vitae» de Lapeyre está marcada por algún matiz de impronta hispánica. Y, así, si sus experiencias de «attaché des recherches» le permitieron entrar en contacto con el paisaje y las gentes de Castilla, Levante, Navarra, Aragón, Valencia o Cataluña, los trabajos sobre la España de los Austrias constituyen hitos definitivos en su nómina bibliográfica»⁴. Como símbolo final de su hispanismo, Henri Lapeyre ha querido descansar no lejos de España, en el panteón familiar del país vasco francés.

La vida profesional del maestro de Grenoble no es muy distinta a la de otros historiadores franceses de su generación. Catedrático de Liceo a los 25 años (1935), vió interrumpida su carrera por

3. L. M. ENCISO, "Lapeyre y los períodos de la política internacional de Felipe II", Introducción a la obra de LAPEYRE *Las etapas de la política exterior de Felipe II*, Valladolid, 1973. La cita en pág. 20.

4. L. M. ENCISO, "Lapeyre y los períodos...", págs. 21-22.

la segunda guerra mundial y un prolongado cautiverio en Alemania. Concluida la contienda, fue destinado a París, e inició entonces, bajo la dirección de Braudel, sus investigaciones en torno a la economía española del siglo XVI. «Las tesis principal y complementaria, referentes a los Ruiz y el 'entourage' de hombres de negocios de la época, [hicieron posible que se le otorgara], en 1953, el grado de doctor por París y contribuyeron a marcar una nueva frontera en los estudios de la especialidad»⁵. Tres años después, era encargado de la cátedra de Historia Moderna de la Facultad de Filosofía y Letras de Grenoble, y, tras un breve paréntesis militar en Argelia, accedió a la titularidad. «Vive luego una etapa de intensa dedicación a la ciencia histórica, enriquecida con la práctica de la política activa y la inevitable y entusiasta vinculación al contorno intelectual y humano de la región en que ejerció su magisterio»⁶. A los sesenta y dos años solicitó la jubilación, y, desde entonces hasta su reciente fallecimiento, se dedicó, casi con exclusividad, si se exceptúan algunos cursos o conferencias en España, Italia, Gran Bretaña y Estados Unidos, a escribir e investigar.

«Cualquiera que intente la valoración de la obra histórica de Lapeyre topará con una dificultad: la amplitud: Pero el propósito quedará siempre facilitado por la coherencia, la perfecta sistematización, la erudición bien dosificada y la fidelidad a temas y motivos»⁷.

Entre sus libros y trabajos tienen especial relevancia los dedicados a las cuestiones económicas y sociales de la «preponderancia española».

Sus obras sobre los Ruiz y su «entourage»⁸, completados con trabajos menores de tipo heurístico o erudito⁹, son un «retrato de familia» y mucho más. Se basan en una bibliografía muy completa, fuentes impresas y una apabullante documentación, proce-

5. L. M. ENCISO, "Lapeyre y los períodos...", págs. 22-23.

6. L. M. ENCISO, "Lapeyre y los períodos...", págs. 22-23.

7. L. M. ENCISO, "Lapeyre y los períodos...", pág. 23.

8. *Une famille de marchands: les Ruiz. Contribución a l'étude du commerce entre la France et l'Espagne au temps de Philippe II*, París, Colín, 1955; *Simón Ruiz et les asientos de Philippe II*, París, Colín, 1953.

9. El Archivo de Simón y Cosme Ruiz", en *Moneda y Crédito*, junio de 1948, págs. 3-13; "Documents valenciens des Archives Ruiz", en *Homenaje al Dr. Reglá Campistol*, Valencia, 1975, t. I, págs. 449-454; y "Simón Ruiz et Valence" en *Homenaje a Julio Caro Baroja*, Madrid, 1978; págs. 655-667.

dente de Simancas y otros archivos españoles, de los Archivos Nacionales, la Biblioteca Nacional y diversos archivos departamentales o comunales franceses y, sobre todo, del Archivo de Simón Ruiz. Los papeles de este último depósito permitieron al autor hacer una «histoire moins abstraite, plus frémissante de vie»¹⁰.

Lapeyre trazó con pulso seguro la biografía de esos medinenses de excepción que fueron Simón Ruiz y toda su familia. Si la primera generación de los Ruiz respondía al ámbito y las peculiaridades de los mercaderes, la segunda aspiraba, como muchas otras de su especie, al ennoblecimiento. Entre los miembros de la familia Ruiz las personalidades y concepciones eran también diferentes. Andrés, cuya prudencia le llevó a limitar su actividad al comercio de mercancías y al arrendamiento de impuestos, era un «financier», pero no un hombre de negocios. Simón, más audaz, enérgico y clarividente, de gran rigor moral, es el prototipo de negociante de una pieza. «Il a commencé», escribe Lapeyre, «comme importateur de toiles de Bretagne; il se mêlera plus tard des trafics les plus divers et gagnera d' énormes sommes en speculant sur les changes, il participera à de tres nombreux 'asientos', soit en fournissant lui-même des capitaux, soit en se contentant d' une commission»¹¹. Andrés era un español afrancesado y un hombre puente para el comercio entre Francia y España, Simón un castellano de Medina del Campo, uno de los cinco o seis grandes negociantes castellanos, superior a Baltasar Juliá y otros hombres de empresa estudiados por Lapeyre¹².

La práctica comercial seguía siendo, según Lapeyre, medieval en su espíritu —muy influida por exigencias de la moral católica— y sus métodos. Los italianos habían anticipado los técnicas en el s. XIV —el ejemplo de Francesco di Marco Dantini, tan brillantemente estudiado por Melis, es paradigmático—, y sus avances los asimilaron luego españoles, franceses y, más tarde, ingleses y alemanes. El préstamo, en sus diversas formulaciones, y los cambios son analizados por Lapeyre con rigor y minuciosidad. «La speculation sur les changes a été la pièce maîtresse du capitalisme du Mo-

10. H. LAPEYRE, *Une famille de marchands*, pág. 597.

11. H. LAPEYRE, *une famille de marchands*, pág. 598.

12. "Joan Bautista Juliá, syndic de la ville de Valence pour l'achat de bles en Sicile (1592-1595)", en *Studi in memoria di F. Melis*, Nápoles, 1978, Vol. IV, págs. 225-242. También, "El libro de cuentas de Baltasar Juliá, hombre de negocios valenciano (1565)", en *Cuadernos de Historia de España*, B. Aires, 1970, págs. 246-315.

yen Age et du XVI^e siècle. C' est la que bien souvent s'employaient les capitaux disponibles... ¿Pour quoi faire voyager perpétuellement ses fonds entre Medina del Campo et Lyon, Anvers ou Plaisance, alos qu'il serait si simple de prêter sur place? C'est que les changes, exception faite de certains pratiques, étaient licites, et que le plus pieux des hommes d'affaires n'éprouvait point de scrupule à gagner sur ce jeu d' allers et retours tandis que le prêt à intérêt était illicite»¹³. Mucho, o casi todo, tenía relación con el mercado de cambios. «Les virements à l'interieur d' un même état entre deux agences d'une même banque prennent la forme d'une lettre de change, alors qu'il n' y a aucune permutation de monnaie. Ainsi s'explique que la traite moderne porte un nomme qui ne correspond nullement à sa nature, fait que les juristes n' ont point clairement reconnu»¹⁴.

Sin llegar a las cimas de Melis o de Roover, Lapeyre aportó mucho al conocimiento de la contabilidad en el siglo XVI¹⁵. En este punto, aunque no se alcanzara la claridad del XVII, la época de Felipe II significó un avance, expresado en obras tan interesantes como las de Solórzano o Lope de Arziniega.

Si en otros muchos aspectos Lapeyre se reveló como un maestro, lo fue especialmente en relación con el estudio del comercio y la industria. Sus obras sobre los Ruiz explican muchas cosas sobre las relaciones mercantiles entre Francia y Castilla, la incipiente industria de ambos territorios, los mercados o ferias de Rouen, Laval, Vitré, Ferté Bernard, Bretagne (Pontivy), Auvergne o Lyon y el tráfico de Nantes y otros puertos e instrumentos tan importantes para la actividad mercantil como los derechos de aduana —moderados a comienzos de siglo y luego más pesados—, el transporte o el correo. Con posterioridad, Lapeyre brindó interesantes perspectivas o precisiones sobre el «comercio de Bilbao en el siglo XVI»¹⁶, el «comercio exterior de Castilla»¹⁷, las «relaciones comerciales en el Me-

13. *Une famille*, pág. 599.

14. *Une famille*, pág. 600.

15. Véase, entre otros trabajos, "El libro de cuentas de Baltasar Juliá". antes citado.

16. "El comercio de Bilbao en el siglo XVI", en *Curso de conferencias sobre cuestiones históricas y actuales de la economía española*, Bilbao, 1955-1956, págs. 113-151.

17. H. LAPEYRE, *El comercio exterior de Castilla a través de las aduanas de Felipe II*, col. Estudios y Documentos, n.º XLI, Valladolid, 1981.

diterráneo durante el siglo XVI»¹⁸, el «comercio de lanas en España bajo Felipe II», las «exportaciones de lana en Castilla en la época de Felipe II»¹⁹, el «movimiento del puerto de S. Sebastián» en el mismo período²⁰ o los «comerciantes extranjeros en el reino de Valencia en el XVI»²¹. Otro tema importante es la influencia de la guerra sobre el comercio. «Dans le demi siècle qui nous occupe», ha escrito Lapeyre, «la politique a pesé d'un poids très lourd sur l' économie. Tandis que l' Espagne connaissait la calme, la France était en proie aux guerres civiles. Elles ont entraîné des troubles de toute sorte, interruption du courrier et diminution de la production. Mais il semble que la France ait supporté assez bien ces épreuves. Seule la dernière crise, qui commence vers 1586 et se termine vers 1594, paraît avoir été d' une extreme gravité»²². Capítulo parcial en este confuso panorama de guerras y violencias fue la piratería, que no afectó, según Lapeyre seriamente al tráfico Nantes-Bilbao. Sin embargo, el mar de la Mancha fue peligroso para los navíos españoles; productos españoles, en consecuencia, se vendieron a flamencos e ingleses a través de Rouen —tierra neutral—.

Las guerras influyeron sobre el mercado monetario. Mientras los banqueros de Lyon aseguraron el funcionamiento regular de las ferias e inspiraron al gobierno juiciosas medidas monetarias, en España las ferias, —salvo en la segunda parte del reinado de Felipe II—, se vieron afectadas, y Castilla tuvo que hacer frente a temibles crisis, sobre todo, la de 1575-78. En los años 88 las ferias se regularizaron, pero el hecho se relaciona también con el crecimiento de los metales llegados de América. A fines de siglo el dinero es abun-

18. R. CARANDE - H. LAPEYRE, "Relaciones comerciales en el Mediterráneo durante el s. XVI", en *VI Congreso de la Corona de Aragón*, Madrid, 1957.

19. H. LAPEYRE, "Le commerce des laines en Espagne sous Philippe II", en *Bulletin de la Société d'Histoire Moderne*, LIV (1955), págs. 5-8; y "Les exportations de laine de Castille sous le regne de Philippe II", en *La lana come materia prima, Atti de la primera settimana di studio (12-14 aprile 1969)*, Firenze, 1974, págs. 231-239. Mayor rigor en el libro citado sobre *El comercio exterior de Castilla...*, Valladolid, 1981.

20. H. LAPEYRE, "Quelques données sur le mouvement du port de S. Sebastian aux temps de Philippe II", Zaragoza, Instituto de Estudios Pirenaicos, 1952.

21. H. LAPEYRE, "Les marchands étrangers dans le royaume de Valence aux XVe et XVIe siècle", en *Fremde Kaufleute auf der Iberischen herausgegeben von H. Kellenbenz, Kölner Kolloquium zur Internationalen Sozial und Wirtschaftsgeschichte Wirtschaft Geschichte*, Band I, 1970, págs. 100-117.

22. H. LAPEYRE, *Une famille...*, pág. 601.

dante en España y los capitales están tanto más disponibles cuanto que no se invierten en el comercio.

Lapeyre proporciona también pistas importantes para estudiar el movimiento de los precios, en Francia y España, pese a que usa series fragmentarias. Los precios de la sal y del trigo tuvieron variaciones brutales a causa de las guerras, la metereología u otras razones. Los del aceite y productos industriales fueron más estables, pese al influjo de la guerra.

Un campo distinto de investigaciones es la cuestión morisca. En su *Geographie de l'Espagne morisque*²³, Lapeyre recompone las peripecias fundamentales del proceso de expulsión: serie de edictos publicados, salidas sucesivas de exiliados y «guerra» polémica entre el gobierno y los defensores o protectores de los moriscos. Pero, aparte de esta aproximación cualitativa al tema, ofrece también datos cuantitativos.

Las cifras más conocidas de moriscos en España antes de la expulsión, aun con incertidumbre o salvedades, fueron las siguientes: Valencia, 135.000; Aragón, 6.100; Cataluña, 5.000; las dos Castillas, 45.000; Murcia, 16.000; Andalucía, 30.000; Granada, 3.000; Canarias, 1.000. Puede hablarse en total de 296.000 individuos.

De ellos, ¿cuántos tuvieron que exiliarse? En Valencia, 117.464; en Cataluña, 3.716; en Murcia, 13.552; en Andalucía, 29.939; en Granada, 2.026. A ellos hay que añadir los embarcados en Cartagena (1613 - 14) y los 12.912 señalados por T. González para Málaga. Hubo, además, una salida de moriscos de Archidona que no está registrada y existen dudas respecto a Andalucía, Granada y Murcia. Así pues, la cifra más prudente, y eso sin contar segundas salidas de exiliados que habían vuelto a entrar clandestinamente, sería 275.000 individuos. La verdad es que los datos de Lapeyre vienen a coincidir con fuentes del s. XVII —Cascales y el P. Alonso Fernández— y se separan de los exagerados cálculos de Salazar de Mendoza, Peñalosa o Bleda, y mucho más de Moncada, Escolano y Méndez Silva. En el XIX adujeron estadísticas abultadas Janer, Menéndez Pelayo o Llorente, y en el s. XX pecaron por defecto Olagüe y Hamilton.

23. H. LAPEYRE, *Geographie de l'Espagne morisque*, París, Sevpen, 1959. Es obvio advertir que el texto de LAPEYRE ha sido enriquecido con aportaciones posteriores.

¿A dónde se dirigieron los moriscos expulsados? A juicio de Lapeyre, haría falta investigar en archivos no españoles, pero, aún sin hacerlo, se puede hablar de las grandes líneas de los asentamientos.

Muchos fueron hacia zonas árabes, pero allí se les recibió con hostilidad, y hay datos que lo prueban, como la evasión masiva de Argel de 1610, el proyecto sometido a las autoridades de Mallorca en 1613 y el aflujo —también masivo— a Ceuta y Tánger.

En realidad, la mayor parte de los expulsados se fijó en Africa del Norte. Algunas referencias apuntan, sobre todo, a Tetuán, Alcazarquivir y Larache. Otros se asentaron en Bou Regreg y Salé, donde se erigió una república independiente del sultán. En Rabat y la Kasbah de los Oudaias se establecieron andaluces que lucharon contra ellos. En total, el número de moriscos, granadinos o valencianos, que eligieron Marruecos como lugar de residencia rondaba los 40.000.

En torno a Orán los emigrantes procedentes del Levante español fueron mal acogidos, si se exceptúan los de Elda y Novelda. Las cosas rodaron mejor en Argel, donde ya existía una colonia de mudéjares y tagarinos y que fue el lugar apetecido por exiliados de Extremadura, la Mancha y Aragón. En conjunto, los moriscos representaban una civilización más avanzada y, con su trabajo, reportaron bienes a Berbería.

Otro espacio de la emigración morisca fue Francia. Más o menos, atravesaron los frontera vasca o pirenaica unos 50.000, procedentes de Sevilla, Málaga y Cartagena. Se reunieron en San Juan de Luz, Agde y Marsella, desde donde luego se dirigieron a Marruecos, Argelia, Túnez, Salónica y Constantinopla. Los pocos que deseaban permanecer en Francia tuvieron que ir más allá de la Dordoña y profesar la fe católica. También hubo moriscos en Biarritz.

Algunos expulsados intentaron dirigirse a Génova, Livorno o Civitavecchia, pero, desde fines de 1610, las autoridades de los puertos mediterráneos rehusaron admitir moriscos.

Es preciso referirse a los que permanecieron en España. Dejando de lado a los esclavos, se contabilizaron 2.400 niños en el reino de Valencia y algunos centenares en Andalucía, 1.544 personas protegidas por el obispo de Tortosa, 865 —quizás más— en Canarias y 2.000 en Murcia. Hay que tener en cuenta, además, a las 700 familias

—sin contar Sevilla y Granada— que obtuvieron solución favorable en sus procesos o los miles de personas cuyas causas no se habían resuelto en 1614 cuando la expulsión se detuvo. En total, Lapeyre estima que permanecieron en España 10.000 o quizá 15.000 moriscos. A ellos hay que añadir los que murieron a causa de revueltas o en el curso de la operación de extrañamiento.

Los moriscos salvados del exilio, con excepciones, se asimilaban bien en la sociedad cristiana. Ciertos síntomas, como la observancia de determinadas prohibiciones sobre alimentos o bebidas, podían hacer pensar en una falsa conversión, pero en círculos dirigentes se estimaba que, pese a todo, era preciso apostar por el entendimiento y evitar el aislamiento de los moriscos. Así pues, hubo partidarios de una actitud comprensiva —los obispos de Tortosa y Orihuela, el P. Aliaga, Fray Luis de Pereda o el duque del Infantado— y propulsores de soluciones enérgicas, como Juan de Ribera, el Padre Bleda, el licenciado Aznar Cardona, Agustín de Mexía y el conde de Salazar. En el fondo, en las diversas posiciones de la sociedad cristiana no latía una cuestión de mayor o menor tolerancia, sino que unos «eran optimistas y otros pesimistas en cuanto a la posibilidad de lograr conquistas [espirituales] sobre el Islam»²⁴. En cuanto a los moriscos, hubo de todo: actitudes cautelosas o dudosas ostentaciones de piedad católica y posturas más sinceras.

Un punto especialmente controvertido es el de las repercusiones de la expulsión sobre la economía española. Lapeyre opinaba que en Castilla la medida se dejó sentir poco, y menos, en Cataluña. Entre las ciudades, las más afectadas fueron Sevilla, —cuyas exportaciones a Indias se vieron perjudicadas, según Chaunu—, Toledo y Córdoba. En el campo, la sangría era más perceptible en Murcia, el sur de Aragón y, sobre todo, Valencia, donde, «desde el río Mijares, las huertas formaron como oasis separados por colinas y montañas casi deshabitadas»²⁵.

La operación morisca tuvo también un notorio significado político-militar. El transporte marítimo de más de 200.000 personas fue un éxito, potenciado por el apoyo de navíos franceses, ingleses, ho-

24. H. LAPEYRE, *Geographie de l'Espagne morisque*, Paris, Sevpen, 1959, pág. 211.

25. H. LAPEYRE, *Geographie de l'Espagne morisque*, Paris, Sevpen, 1959, pág. 212.

landeses e italianos. Asimismo acreditaron eficacia en sus decisiones el poder central y las autoridades locales. El Consejo de Castilla, bien informado de todo lo que pasaba, tuvo la responsabilidad principal, pero también colaboraron otros organismos. Aunque la organización no era mala, a veces, faltó dinero, y en esas ocasiones bastó la intervención del duque de Lerma ante el Consejo de Hacienda». Con la lentitud de las comunicaciones —viene a decir Lapeyre²⁶—, los emigrantes que esperaban el embarque tenían tiempo de morir de hambre. «Pero, ¿qué se podía hacer mejor con la simple ayuda de mensajeros a caballo y sin banco de Estado?». En suma, no es justo criticar, en esta ocasión, a la pesada burocracia creada por Felipe II y al discutible Lerma, firme y decidido en la dura operación de extrañamiento.

Dos libros importantes dedicados a la investigación se vieron sucedidos, en la nómina de Lapeyre, por diversas obras de síntesis²⁷, de las que es muestra cabal la titulada *Las monarquías europeas del s. XVI*²⁸.

La síntesis de Lapeyre, que ya se ha hecho clásica, consta de tres partes. En la primera se expone el «estado actual de conocimientos» sobre la dinámica política del s. XVI. La segunda está destinada a explicar los debates historiográficos y las directrices de la investigación. La tercera y última parte recoge informaciones y críticas fundamentales respecto a las fuentes y la bibliografía de las cuestiones estudiadas.

Los tres primeros capítulos de la obra expresan el contraste existente entre tres grandes monarquías —Francia, España, Inglaterra— que lograron robustecer su unidad interna y expansionarse y dos marcos geográfico-políticos —los estados alemanes e italianos— profundamente divididos.

26. H. LAPEYRE, *Geographie de l'Espagne morisque*, París, Sevpen, 1959, pág. 213.

27. Véanse, por ejemplo, su ajustada biografía sobre *Charles Quint*, París, P.U.F., 1971. Anteriormente, en 1969, había publicado una breve síntesis sobre el Emperador en *Enciclopedia Universalis*, t. IV, págs. 180-183. En la misma *Enciclopedia* se incluyen dos artículos más de LAPEYRE: uno, relativo a Felipe II y otro, sobre *l'Espagne moderne et contemporaine*, t. IV, págs. 517-527.

28. H. LAPEYRE, *Las monarquías europeas del s. XVI. Las relaciones internacionales*, col. "Nueva Clio", n.º 31, Barcelona, Labor, 1969, traducción de J. M. CUENCA. La edición original francesa forma parte de la colección, *Nouvelle Clio*, París, 1967.

Francia era la monarquía más importante por su potencial humano, su fuerza económica y la consolidación de su poder político. En apoyo de esa tesis, Lapeyre, analiza, sobre todo, el marco territorial, las instituciones del poder central y territorial, la escala de funcionarios de justicia y finanzas y los progresos de la autoridad regia bajo Francisco I y Enrique II.

El advenimiento de los Reyes Católicos marca el apogeo de España. El triple proceso de perfeccionamiento de las instituciones, formación del Estado y configuración de una política internacional se prosiguen bajo Carlos V, pese a las Comunidades —aspecto al que Lapeyre concede atención— y los otros difíciles problemas que hubieron de superarse.

Un significado parecido tuvo la llegada al poder de los Tudor en Inglaterra. Pero el curso histórico-político inglés se vió seriamente modificado por un factor diferencial: la reforma anglicana.

En un tercer capítulo Lapeyre se refiere a los «países» divididos. En él se estudian, entre otras cuestiones, el fraccionamiento del Imperio y sus tentativas de unificación y reforma, las consecuencias de la «revolución» luterana y el fraccionamiento italiano, en especial, la evolución de la república florentina.

No se le escapa a Lapeyre el rico significado en todos los órdenes —militar, político, sociológico, económico e ideológico— de las «guerras de Italia». Se desarrollan en un amplio período de tiempo, difícil de resumir por el gran número de conflictos, treguas y tratados y las diversas interpretaciones de los historiadores. Las ofensivas de Carlos VIII y Luis XII, las luchas contra Fernando el Católico, las coaliciones, la reconquista del Milanesado por Francisco I y las actividades de los turcos en el Mediterráneo son algunas de las facetas estudiadas.

Otro capítulo está dedicado a la política internacional en tiempos de Carlos V. Por orden cronológico, se presta atención a las guerras entre el Emperador y la Monarquía francesa, las luchas por Italia y Borgoña y las relaciones de los soberanos con el Pontífice, el enfrentamiento del Emperador con los príncipes protestantes y Enrique II y, finalmente, la guerra entre este último y Felipe II. En un epígrafe especial se exponen y analizan las relaciones entre Carlos V y los turcos y los conflictos en el Mediterráneo y en Hungría.

La segunda mitad del s. XVI guarda, según hace observar Lapeyre, escasa semejanza con la anterior. Mientras se amortiguan los conflictos propiamente políticos se desencadenan otros de carácter preferentemente religioso: cristianos contra musulmanes, católicos contra protestantes.

Después de analizar la situación de relativa calma que impera en Alemania, España e Inglaterra, el punto de mira del autor se desplaza a los campos de batalla europeos.

Las guerras de religión francesas vinieron a ser, en puridad una guerra civil, una lucha entre franceses para alcanzar la supremacía en el país. Los acontecimientos son intrincados y los bandos se dividen y subdividen una y otra vez, mientras la política regia adolece, muchas veces, de debilidad y falta de criterio. Con ese telón de fondo se explica el desarrollo de las ocho guerras desde la época de Carlos IX al edicto de Nantes.

Otro foco bélico está en los Países Bajos. Allí se solapan dos grandes enfrentamientos: el de un pueblo contra un soberano extranjero y lejano y el de dos religiones. Guerra nacional, guerra religiosa. Lapeyre sintetiza ágilmente las diversas fases de la insurrección, la escisión del Sur y las Provincias Unidas del Norte y el proceso que conduce a la paz.

El escenario bélico no sólo es el continente, sino también los mares. Los conflictos navales que más ocupan a Lapeyre son el secular duelo hispano-turco en el Mediterráneo, los enfrentamientos de España e Inglaterra en el Atlántico y la guerra de las «potencias atlánticas» contra Felipe II.

Hasta aquí el autor ha expuesto el «estado actual de conocimientos», pero ¿qué panorama ofrecen los debates historiográficos, cuáles son las líneas eje de futuras investigaciones?

El primer capítulo de esta segunda parte, más novedosa, proporciona una perspectiva de las relaciones entre política y sociedad. Breves pinceladas bastan para perfilar el cuadro social europeo en el siglo XVI: clanes, clientelas, partidos, nobleza y burguesía son los puntos claves de referencia. En conjunto, se proporciona una apretada síntesis sobre la historia social de la época y la historiografía que trata de esclarecerla. También se resumen aspectos básicos de las revueltas populares y su significado.

Otro tema propicio para el debate es el de las relaciones entre religión y poder. En una sociedad sacralizada el poder se justifica casi siempre por designio divino y las empresas humanas adquiere, con frecuencia, una valoración religiosa. En el terreno de las realidades políticas los eclesiásticos ocupan, muchas veces, una posición preeminente. Todas estas realidades sirven de base al estudio de las relaciones Iglesia-Estado, el papel de las monarquías, el concepto de tolerancia religiosa, la idea de cruzada y las guerras de religión.

El análisis de las ideas políticas, asidero teórico sobre el que se sustentan los diversos poderes, ocupa un breve espacio en el libro. Lapeyre expone, más que nada, las cuestiones metodológicas que se plantean en la historia de las ideas políticas y describe, además, las líneas medulares del pensamiento de Maquiavelo y otros tratadistas, con especial atención a las teorías sobre la institución monárquica.

Las referencias a sociedad, religión e ideas, tres grandes factores que condicionan el mundo político, sirven de base al estudio del Estado. Más que otra cosa Lapeyre investiga los rasgos comunes de las instituciones —poder central, poderes intermedios— en las tres monarquías —Francia, España, Inglaterra— que representan formas más perfeccionadas de Estado.

Capítulo aparte merecen la Administración y la burocracia en el siglo XVI. En este apartado se estudian las formas de adquisición de cargos (la venalidad y otras), la organización de la justicia y la hacienda y la política financiera del Estado.

Lapeyre dedica también atención a las relaciones internacionales y sus factores de base. Primero se aborda el delicado problema de las fronteras y aduanas. Asimismo se brindan consideraciones elementales sobre el sentimiento nacional en la época. Por último, se pasa revista a los medios de acción empleados por los soberanos para encauzar la política internacional: la diplomacia, el ejército, la marina, los enlaces matrimoniales, las alianzas y las operaciones militares.

El capítulo final de la segunda parte sirve para ponderar el papel jugado por las individualidades en el s. XVI. Ante el lector desfilan, por ejemplo, Carlos V, Felipe II, Catalina de Medicis e Isa-

bel de Inglaterra, y se apuntan los diversos criterios interpretativos con que se han enfocado sus personalidades.

La tercera y última parte de las *Monarquías europeas* está destinada a proporcionar informaciones y valoraciones sobre las fuentes históricas y la bibliografía empeñada en descubrir los arcanos de la compleja y sugestiva política del s. XVI.

La colaboración de Henri Lapeyre con la Universidad de Valladolid ha producido valiosos frutos bibliográficos. Tres son los más conocidos: el breve librito *Las etapas de la política exterior de Felipe II*, al que dediqué atención en su momento²⁹, los *Ensayos de Historiografía*³⁰ y el notable estudio sobre *El comercio exterior de Castilla a través de las aduanas de Felipe II*³¹.

El propio Lapeyre ha explicado el origen de sus *Ensayos de Historiografía*. «Cuando pasaba algunas semanas en Simancas, en el otoño de 1971, escribe, el Departamento de Historia Moderna de la Facultad de Filosofía y Letras de Valladolid me propuso dar unas conferencias de historiografía... Tenía algunos textos preparados³² y de esa forma pudo celebrarse una serie de seis conferencias... Otras, se pronunciaron en 1973, 1974 y 1976 y exigieron de mí un esfuerzo de preparación más penoso... Finalmente, surgió la idea de recoger en un volumen esta serie de ensayos³³.

En realidad, los cursos de Valladolid sirvieron de banco de pruebas para redactar las páginas que vieron la luz en 1978. Las ideas sobre la Historia y el método o el análisis de la obra histórica de autores reputados permiten ofrecer una visión selectiva sobre

29. H. LAPEYRE, *Las etapas de la política exterior de Felipe II*, Valladolid, col. SINTESIS, n.º 1, 1973. Introducción de L. M. ENCISO RECIO.

30. H. LAPEYRE, *Ensayos de Historiografía*, col. *Estudios y Documentos*, n.º XXXVIII, Valladolid, 1978.

31. H. LAPEYRE, *El comercio exterior de Castilla a través de las aduanas de Felipe II*, col. *Estudios y Documentos*, n.º LXI, Valladolid, 1981. Prólogo de A. GONZÁLEZ ENCISO y nota introductoria de L. M. ENCISO RECIO.

32. En realidad el maestro se refiere a varios trabajos suyos: "Les finances de Charles Quint, en *Annales Economies, Sociétés, Civilisations*, 1949, págs. 457-462; "aBnca y crédito en la Edad Media, según R. de Roover", en *Anales de Economía*, 1950, págs. 181-197; "Ethnologie et Histoire: a propos des Basques", en *Annales*, 1951, págs. 496-503; "Les morisques de Grenade", en *Annales*, 1959, págs. 152-155; "Deux interpretations de l'histoire de l'Espagne: A. Castro et C. Sánchez Albornoz", en *Annales*, 1965, págs. 1.015-1.037; "Un grand historien: L. Fèvre", en *Los Cahiers Vilfredo Pareto*, Ginebra, 1970, págs. 152-162; F. CHABOD, *De Machiavel à B. Croce*, antología editada por H. LAPEYRE, Ginebra, 1970, y "Reotur à Croce", en *Revue Historique*, t. 245, 1971, págs. 73-106.

33. H. LAPEYRE, *Ensayos de Historiografía*, p. 5.

la historiografía clásica y actual. «La solución —apunta— no fué la misma en todos los casos. A veces, [tenía que] hablar de autores muy conocidos, en particular, entre españoles y franceses³⁴, y me conformaba con revisar ciertos aspectos de su obra o su pensamiento historiográfico». «En otros casos, el propósito era revelar a un autor cuyos libros no habían tenido difusión suficiente en español»³⁵. Así ocurría con el admirado Federico Melis³⁶ o Paul Oskar Kristeller. Con excesiva modestia, confiesa que no «intenta esbozar brillantes semblanzas, sino resumir obras esenciales». «Es un método algo escolar», recalca, «pero lo preferimos por su utilidad»³⁷.

El criterio de selección no se basa en argumentos de autoridad, ni en pretendidas visiones sistemáticas, sea de especialidad, sea de época, sino en factores más bien ocasionales. Al ser «especialista del siglo XVI español y, al mismo tiempo, de la historia del comercio y de la banca», Lapeyre ha prestado atención a autores que cultivaban campos de investigación análogos a los suyos. «De los dieciséis cuya figura se evoca en los ensayos, explica, he conocido personalmente a trece. En cuanto a Meinecke y Croce, les conocí únicamente a través de sus libros. Ocupan un lugar preferente en esta galería porque fueron figuras señeras en Alemania y en Italia... En conjunto, los historiadores que aparecen en estas páginas pertenecen a cinco nacionalidades diferentes»³⁸.

Pese a todas las cautelas con que el ilustre investigador previene al lector, los *Ensayos* constituyen una aportación interesante y sugestiva para el debate historiográfico, en la que se ofrecen muestras representativas de escuelas nacionales —la alemana, la italiana, la francesa, la española, la norteamericana— y de tendencias metodológicas —la Historia integral, la Historia económica, el hispanismo clásico o moderno, la Antropología, la Historia política de corte actual o la de las mentalidades—. Por lo demás, los nombres de

34. H. LAPEYRE, *Ensayos de Historiografía*, p. 5.

35. *Ibid.*

36. En España se han publicado, hasta ahora, dos obras de este excepcional historiador italiano. La primera, dedicada a estudiar los *Mercaderes italianos en España (siglos XIV-XVI)*, Sevilla, 1976, incluye un importante prólogo de FELIPE RUIZ MARTIN. Otra, titulada *Las fuentes específicas de la Historia económica y otros estudios*, forma parte de la colección *Estudios y Documentos*, n.º 36, Valladolid, 1977, y va precedida de una amplia introducción de L. M. ENCISO RECIO, "Recuerdo de Federico Melis".

37. *Ibid.*

38. H. LAPEYRE, *Ensayos*, p. 6.

Meinecke, Croce, Chabod, Melis, C. Sánchez Albornoz, A. Castro, R. Carande, J. Vicens, J. Caro Baroja, A. Renaudet, L. Febvre, M. Bataillon, F. Braudel, E. J. Hamilton, R. Roover o Kristeller cubren un espacio de decisiva importancia en la investigación histórica de los últimos cuarenta años.

El sustancioso libro dedicado al *Comercio exterior de Castilla a través de las aduanas de Felipe II* no es un trabajo de circunstancias³⁹ ni una forzada recolección de datos estadísticos, sino una obra pensada y elaborada a lo largo de toda una vida de investigador⁴⁰. De ahí su alto valor.

Las ricas series de Simancas, u otras del Archivo de Indias, más una amplia colección de fuentes impresas y una bien dosificada bibliografía —anterior a 1977— sirven de base a Lapeyre para sentar sólidas conclusiones.

La primera se refiere a las finanzas castellanas en la época de Felipe II. Más que novedades, Lapeyre recopila en este capítulo conocimientos adquiridos: órganos de la Real Hacienda, tipos de impuestos y formas de recaudación, control de cuentas.

Mayor enjundia poseen los capítulos dedicados a los puertos secos y los diezmos de la mar, derechos de las lanas y, en menor medida, los almojarifazgos. A través de ellos, se columbra, en su auténtica dimensión, la organización y naturaleza del sistema aduanero de Felipe II, pero también el horizonte básico del comercio exterior castellano.

El esfuerzo de reconstrucción se inicia con los puertos secos —la parte más nueva del trabajo— entre Castilla y los «países veci-

39. "La obra que proponemos al lector es el fruto de un largo trabajo frecuentemente interrumpido por otras ocupaciones... Cuando, en los años 1947-1950, preparábamos nuestra tesis doctoral sobre la familia Ruiz, nos pareció necesario explorar los fondos financieros de Simancas... En 1955 podíamos presentar en la *Sociedad de Historia Moderna*, de París, una comunicación sobre la exportación de lanas... [modificada para darla a conocer] en la *Primera Semana de Estudios de Prato* ... También tuvimos la idea de extender la investigación a otras series aduaneras, puertos secos y almojarifazgos, y, con esta intención, nos entregamos a largas investigaciones en Simancas, en 1962 y 1963..., pero ese mismo año de 1963 la publicación del libro de Modesto Ulloa, *La Hacienda Real de Castilla en el reinado de Felipe II*, nos desanimó un poco... Hasta que en 1971, después de jubilarnos, nos decidimos a reemprender las investigaciones en Simancas. [Sólo en 1974] pudimos empezar la redacción definitiva". HENRI LAPEYRE, *El comercio exterior...*, pp. 11-12.

40. A. GONZALEZ ENCISO, Prólogo a la obra de LAPEYRE, *El comercio exterior...*, pp. 5-6.

nos». La tipología (puertos altos y bajos), localización ⁴¹ y regulación jurídica son analizadas por Lapeyre, que, en este punto, completa las informaciones de M. Ulloa, con su habitual rigor. A más de ello, se precisan datos cuantitativos y cualitativos sobre los arrendadores y las cantidades fijadas en los asientos, el producto del impuesto, las mercancías que pasaban por los puertos y los mercaderes, y se explica cuáles eran los puertos más usados y por qué. También se ofrece atención especial a la importación de sargas de Florencia, descrita anteriormente por Felipe Ruiz, y a los puertos secos de Portugal —La Alberguería—, sobre los que Lapeyre aporta novedades de peso ⁴².

Los «diezmos del mar» son objeto de una detenida consideración. A lo ya sabido se añaden no pocos datos. Los perfiles organizativos de la institución y la recomposición estadística de la actividad y sueldos de contadores, diezmeros y arrendadores conforman una panorámica muy ajustada. Como subraya González Enciso, «el estudio del producto del impuesto es particularmente interesante. No sólo se trata del producto global —agrega—, sino de los productos parciales por puertos, lo que obliga a un análisis de los lugares, caminos y medios de transporte. Es el viejo camino de las lanas hacia... el mar del Norte..., pero también es la ruta de entrada de los tejidos y pescados, de los metalés y del pastel. Igualmente se detallan aspectos menos conocidos del restablecimiento del cordón aduanero en Galicia y Asturias» ⁴³. En las páginas de Lapeyre se describen con maestría la prosperidad o decadencia de Laredo —relacionada con las importaciones de los P. Bajos— la fuerza de Bilbao —que negocia con Francia y Nantes, sobre todo, pero también con Países Bajos e Inglaterra—, el pequeño comercio de San Sebastián o la situación de las grandes metrópolis de Castilla y León: Medina del Campo, la ciudad de las ferias, Burgos —con sus dinastías mercantiles— y Valladolid —sede de la corte—. Tampoco dejan de ser significativas las aportaciones sobre la prosperidad de Toledo y Madrid, esta última vinculada al fenómeno de la capitalidad.

41. Vitoria, Logroño, Alfaro y Cervera, Agreda, Ciria, Deza, Molina de Aragón, Requena, Moya, Almansa y Yecla.

42. H. LAPEYRE, *El comercio exterior de Castilla a través de las aduanas de Felipe II*, col. *Estudios y Documentos*, n.º XLI, Valladolid, 1981, pp. 54-57.

43. A. GONZÁLEZ ENCISO, Prólogo, p. 7.

Los diezmos de la mar evidencian asimismo la evolución de la coyuntura: prosperidad hasta 1567, descenso en los años siguientes, salvo el paréntesis de 1570, hasta 1581; vacío para los años 82-84, de los que no se tienen noticias, y deterioro definitivo a fines del reinado —1589-1594—.

Respecto a las aduanas del sur de España, el libro de Lapeyre contiene menos novedades. Sobre la base de las obras de E. Lorenzo y M. Ulloa, se ocupa de los cinco almojarifargos: el mayor de Sevilla, el de Indias y los de Canarias, Brasil —limitado al palo de tinte— y el de esclavos⁴⁴. En cada caso define los elementos del almojarifazgo y las tarifas, los arriendos y administraciones y la organización del servicio de aduanas.

El nervio de su exposición lo constituye la estadística del impuesto y la descripción de mercancías y mercaderes. Las cuentas del almojarifazgo, conocidas, en parte, a través de Ulloa y otros autores, proporcionaron a Lapeyre «resultados decepcionantes... Conocemos bien —decía— las cifras globales, pero hemos aprendido poco sobre los mercaderes y mercancías»⁴⁵. Dos conclusiones le parecen importantes: 1) el producto del almojarifazgo mayor de Sevilla aventajaba al de las Indias; 2) mientras este último padeció crisis pasajeras en 1593 y 1594, el de Sevilla no aumentaría su producto. ¿En qué se fundamentaban ambas realidades? «Si muchas mercancías llegadas del Norte, tales como los lienzos del Oeste de Francia, se reexportaban a América, se hacían allí, además, intercambios importantes entre Andalucía ... y el norte de Europa: vinos, aceites, frutos secos, en un sentido, y productos manufacturados, en otro»⁴⁶. Por

44. LAPEYRE, *El comercio...*, p. 215, valora su “embrión de estadística del comercio de esclavos. Se deduce que era bastante débil —afirma— hasta la conclusión del famoso asiento con Pedro Gómez Reynel”. LAPEYRE se ha referido al tema en dos trabajos: “El tráfico negrero en la América española”, en *Homenaje a J. Vicens*, t. II, Barcelona 1967, pp. 285-306, y “La trata de negros con destino a la América española durante los últimos años de Carlos V” en *Cuadernos de Investigación Histórica*, (1978), pp. 335-339. Véanse también las obras de ULLOA, *La Hacienda real de Castilla en el reinado de Felipe II*, Madrid, 1977, 297 y ss. y E. LORENZO SANZ, *Comercio de España con América en la época de Felipe II*, Valladolid 1979, partes I a III, y dos trabajos recientes: A. MARCOS: “La esclavitud en la ciudad de La Laguna durante la segunda mitad del siglo XVI a través de los registros parroquiales” en *Investigaciones Históricas*, Valladolid, 2 (1980), 5-35, y M. LOBO, *La esclavitud en las Canarias orientales en el s. XVI. Negros, moros y moriscos*, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1982.

45. H. LAPEYRE, *El comercio exterior*, p. 215.

46. H. LAPEYRE, *El comercio exterior*, p. 215.

otra parte, «si el comercio de Indias no tuvo que sufrir demasiado por las guerras marítimas, se desarrolló menos que el comercio de Sevilla con Europa. El enriquecimiento continuo de Andalucía explica quizá esta aparente anomalía. A pesar de los conflictos, una multitud de pequeños navíos franceses o flamencos seguía frecuentando el puerto de Sevilla»⁴⁷.

Un aspecto ya tratado en otras publicaciones de Lapeyre y que cumple en el libro que comentamos un relevante papel es el de los derechos sobre las lanas⁴⁸.

Con el telón de fondo de la Mesta y la cabaña ganadera trashumante o estante⁴⁹, Lapeyre se detiene en la organización del mercado de lanas, «con sus esquilos, recibidores y lavaderos, con distinciones de calidades y origen, para pasar al estudio de la administración de los derechos sobre el mercado lanero, legislación y percepción de derechos»⁵⁰.

¿Cómo se proyecta el sistema al exterior? «La primacía de Burgos es indiscutible y las exportaciones de lanas se hacen por ...firmas bien conocidas. En segunda posición viene Segovia, y es interesante observar la presencia de mercados notables en ciudades de segundo orden, como Palencia, Castrojeriz, Nájera o Torrecilla»⁵¹. Burgaleses y otros laneros castellanos exportan por Santander —el puerto preferido— y Bilbao. Y los riojanos envían sus productos a Bilbao, Deva y San Sebastián.

El comercio del norte tiene dos destinos preferentes: Países Bajos y Francia. El primero de ellos recibe un flujo de lanas importante desde 1559 a 1569, con una recuperación en 1570 y un gran ocaso posterior. En cambio, el tráfico con Francia «aumenta y alcanza de 11 a 12.000 sacas en ... 1578-1579. Las escasas cifras que conocemos de los años 1589-1592 revelan un descenso acusado tanto en Francia como en los P. Bajos». «En resumen, el paralelismo en las

47. Ibid.

48. A. GONZALEZ ENCISO, Prólogo, p. 9.

49. «El peso de las lanas enviadas al extranjero sobrepasa claramente, en los años 1556-1561, al que podían suministrar los vellones de los corderos trashumantes controlados por la Mesta. Se deducirá de ahí que los rebaños ... estantes proporcionaban un contingente considerable a los exportadores». H. LAPEYRE, «El comercio exterior...», p. 215.

50. A. GONZALEZ ENCISO, Prólogo, p. 9. «Rebaños, pastores y mercaderes, escribe GONZALEZ ENCISO, se mezclan en una descripción abigarrada que evoca el carácter y la vida de los hombrés de Castilla».

51. H. LAPEYRE, *El comercio exterior*, pp. 213-214.

curvas de los diezmos de la mar y los derechos sobre las lanas es muy sensible»⁵².

Las lanas españolas se dirigen también a Italia. Milaneses y genoveses predominaban en Cuenca, Toledo y Granada. Ellos y los burgaleses —aunque éstos en menor medida— encaminaban el tráfico a los puertos de salida: Murcia y Cartagena, para las lanas andaluzas, y Alicante, relacionado con Yecla, para las de Castilla la Nueva. Entre 1558 y 1566 se registran entre 9 y 15.000 sacas, mayor volumen desde el 73, con un máximo en 1579 —25.676 sacas—. Carecemos de datos para los años 1583-1588, y los que poseemos relativos al período 1589-1594 revelan un nivel alto. En estos años, además, el tráfico va pasando a manos españolas, a medida que se cierran las rutas del Norte.

Poco cabe decir de Sevilla como puerto exportador. Los negociantes italianos estaban presentes en ella, pero tenían más fuerza los burgaleses. Las mercancías se dirigían, en principio, a Países Bajos e Italia, aunque en la etapa final de Felipe II cesan las exportaciones a Italia, al tiempo que aparecen comerciantes flamencos en la ruta de los P. Bajos.

Junto a los factores económicos propiamente tales, aparecen también los políticos y sociales.

En 1567 y años siguientes el análisis de los diezmos del mar permite hablar de un período de baja en el que «se reconoce la influencia de los acontecimientos de los P. Bajos y la desavenencia momentánea con Inglaterra»⁵³. Es la incidencia de los sucesos de los Países Bajos lo que explica la caída de los puertos que tenían menos relaciones con Francia-Laredo, por ejemplo, el mantenimiento de los que comerciaban más con el vecino país —Bilbao— y el giro hacia el comercio italiano»⁵⁴. En el período final del reinado la situación se deteriora, el tráfico se hunde y los diezmos del mar o los derechos de las lanas acusan «hasta qué punto los acontecimientos políticos han actuado sobre el comercio y con qué brutalidad»⁵⁵.

En el plano social, tal vez lo más interesante de la obra de La-

52. Ibid.

53. H. LAPEYRE, *El comercio exterior*, p. 213.

54. GONZALEZ ENCISO, *Prólogo*, p. 8.

55. H. LAPEYRE, *El comercio exterior...*, p. 213.

peyre sea el estudio de los mercaderes. En la línea de Carande, Felipe Ruiz, V. Vázquez de Prada, M. Basas, P. Chaunu o M. A. Ladero, E. Lorenzo aportó en su día una notable lista de mercaderes castellanos. El libro de Lapeyre hace una nueva contribución «al ofrecernos no sólo los nombres y principales actividades de los hombres de negocios castellanos, sino una clasificación por el volumen de negocios y por las ciudades de procedencia, con lo que [se] completa ... lo que podríamos llamar la geografía de la alta burguesía castellana en la época de Felipe II»⁵⁶. Lapeyre se ocupa también de los extranjeros de Valladolid, los franceses de Medina del Campo, los flamencos y alemanes de Madrid, los genoveses y milaneses del reino de Valencia y otros mercaderes europeos.

En conjunto, *El comercio exterior de Castilla* es la gran aportación de la etapa vallisoletana de Lapeyre y una de sus más notables indagaciones sobre la economía castellana del s. XVI. La última obra de relieve que escribió el profesor francés fué la dedicada a estudiar la *Taula de Cambis de Valencia en la época de Felipe II*⁵⁷.

La actividad económica de Valencia en el seiscientos ha suscitado, en los últimos años, una interesante bibliografía, de la que ha dado cuenta recientemente Emilia Salvador⁵⁸. En su análisis de la *Taula*, Lapeyre recoge «muchos datos referentes a la vida económica de la ciudad y reino de Valencia: venta de mercancías, sea locales, tales como sederías, paños, azúcar o arroz, sea extranjeros, como lienzos, ventas de esclavos, fletes tocantes a las compras de trigo en Sicilia, seguros marítimos...», contratos relativos al comercio del mar, la política municipal de abastecimiento —durante 30 años—, el trigo de Sicilia y de Italia o el comercio de esclavos.

Pero el centro de la investigación es la *Taula de Cambis*. Salvador Carreres se sirvió, hace algunos años⁵⁹, de las ordenanzas municipales para estudiar el Banco Municipal de Valencia. Con posterioridad, el propio Lapeyre ofreció otros perfiles básicos del tema⁶⁰.

56. GONZALEZ ENCISO, Prólogo, p. 8.

57. H. LAPEYRE, *La Taula de Cambis en la vida económica de Valencia a mediados del reinado de Felipe II*, Valencia, 1982.

58. E. SALVADOR, *El reino de Valencia en la época de Felipe II*, XV Curso de la Cátedra "Felipe II" de la Universidad de Valladolid, próximo a publicarse en la colección SINTESIS.

59. S. CARRERES ZACARES, *La Taula de Cambis de Valencia, 1408-1719*, Valencia, 1957.

60. H. LAPEYRE, "La Taula de Cambis dans le cadre de l'histoire générale de

«Sin embargo, era factible gracias el examen de la contabilidad, recoger algunos datos nuevos y definir con extensión los lazos que unían la *Taula* a la hacienda municipal y a las diversas administraciones del reino. Se podía también examinar sus relaciones con los bancos privados y los simples particulares». En suma, era posible analizar «la *Taula* como institución, intentando discernir en qué medida se parecía a otros bancos del mismo tipo, como la Casa di San Giorgio en Génova, las Taulas de Barcelona y Gerona, los bancos llamados piadosos de Nápoles y hasta los afines de Roma y de Milán»⁶¹.

Y eso no era todo. «Sin despreciar tal trabajo ... era lícito orientar la investigación hacia otras direcciones, es decir, utilizar la contabilidad como fuente para la historia económica, tentativa inédita y arriesgada»⁶².

En verdad, la contabilidad no ha sido debidamente utilizada en la historia bancaria española del siglo XVI. La razón fundamental estriba, según Lapeyre, en que las técnicas contables son de difícil acceso. «Mientras que los libros mayores de los negociantes suministran ... indicaciones muy precisas sobre el comercio de las mercancías y los cambios, y la cuenta de «pérdidas y ganancias» permite conocer la cifra total de los beneficios, los libros mayores de los bancos son singularmente lacónicos. Se limitan a llevar la cuenta corriente de cada cliente, sea particular o administrativo, apuntando todas las transacciones referentes, sin dar ninguna precisión sobre su naturaleza. Es cierto que indican el saldo acreedor o deudor de cada cuenta a principio o a fines de ejercicio, pero no admiten cuenta de «pérdidas y ganancias», ya que el banco no realizaba beneficios».

Si los libros mayores aportan pocas pistas, los libros diarios, aunque más ricos en información, son asistemáticos. «Es menester contentarse con [usar] algunos datos más interesantes, saltándose a la torera lo que parece carente de valor»⁶³.

En esencia, lo que importa son los asuntos bancarios. «En aque-

la banque" en I Congreso de Historia del País Valenciano, Valencia, 1976, Vol. I, pp. 175-186.

61. H. LAPEYRE, *La Taula de Cambis en la vida económica de Valencia a mediados del reinado de Felipe II*, Valencia, 1982, pp. 18-19.

62. *Ibid.*

63. H. LAPEYRE, *La Taula...*, p. 19.

lla época un banco era un organismo cuya función esencial consistía en aceptar depósitos en numerario, abrir a sus clientes cuentas corrientes, tener a su disposición dinero para retiro de fondos o giros a otras cuentas. El crédito no era más que una función accesoria. En los bancos públicos, no debía intervenir sino a favor de organismos administrativos. Unicamente los bancos privados, y eso en desacuerdo con las leyes, lo practicaban corrientemente, pero, en general, estaban destinados a la quiebra»⁶⁴.

En concreto, en *La Taula de Cambis* se realizan diversas operaciones. La primera de ellas era el «cambio manual, es decir, el trueque de las monedas unas por otras». A eso se añadía «la banca de depósito, que ahorraba a los clientes amplios manejos de dinero efectivo. Esta segunda actividad eclipsó a la primera»⁶⁵.

En el siglo XVI existía también el «cambium per litteras». Los bancos públicos no intervenían directamente en su tráfico, pues no emitían ni compraban letras. Pero prestaban a los mercaderes un enorme servicio: el de registrar las transacciones⁶⁶. Muchas veces, «cuando se trataba de la conclusión de un cambio para otra plaza o de una letra llegando a vencimiento, el pago se hacía por giro bancario»⁶⁷.

El último libro de Lapeyre, como todos los suyos, permite formular conclusiones claras. Ante todo, se concede atención a la contabilidad, el mercado de cambios y otras operaciones financieras. El funcionamiento de la Taula se diferencia poco de los demás bancos públicos españoles o italianos. La multiplicidad de reglamentos que regulaban sus actividades no bastaban para evitar los abusos o errores.

El Banco Municipal Valenciano no «consentía descubiertos a los particulares y, por tanto, la clientela tenía al mismo tiempo cuentas corrientes en los bancos privados, más libres en sus pasos»⁶⁸. Esta situación se modificó en 1587 cuando Felipe II, ante la

64. Ibid.

65. H. LAPEYRE, *La Taula...*, p. 20.

66. Este papel de oficina de registros tiene importancia para el historiador porque, gracias a él, "se puede sacar conclusiones sobre la dirección y el volumen de las corrientes de cambio entre las distintas plazas y los recambios que servían para prolongar los créditos". Más: "parece factible ... intentar medir el tráfico". H. LAPEYRE, *La Taula...*, pp. 20-21.

67. H. LAPEYRE, *La Taula...*, p. 20.

68. H. LAPEYRE, *La Taula...*, p. 330.

frecuencia con que estaban amenazados por la quiebra, dispuso la supresión de los bancos privados. «Considerando las cifras de antes y después del mes de diciembre de 1587, consta que [hasta esa fecha], la mayor parte del tráfico pasaba por el conducto de los bancos privados. La *Taula* recogió [luego] su herencia»⁶⁹, pero, pese a ello, no aumentó, en proporción apreciable, sus existencias en metálico.

Un punto de imprudencia en la gestión tuvo la financiación de la compra de trigo en el resto de España, Sicilia y la Italia peninsular. «La ciudad no vacilaba para ello en sacar dinero de sus reservas en metálico», y esta política dañó las existencias de numerario.

No fue ésta la única faceta discutible. «El pago de trasas libradas en Palermo o en Nápoles o en otras plazas, como Lyon, Barcelona, Medina y Madrid, que servían de intermediarios, visto la dificultad de girar sobre Valencia, influía poderosamente en el movimiento de cambios». «En realidad, los cambios llegaron a tener un carácter fuertemente especulativo. Muchas operaciones cambiarias se hacían por mera inscripción en los registros sin entrega de numerario». El sistema permitía financiar el comercio o facilitar dinero a deudores en apuros, pero tenía sus fallos. La *Taula* abultó claramente su volúmen de negocios, pero no el de sus disponibilidades en dinero.

Otro rasgo a señalar en las actividades bancarias de la Valencia del quinientos es el «empleo de la letra de cambio como medio de pago, aunque no existiese una verdadera corriente comercial». «Localidades de poca monta, explica Lapeyre, giraban letras sobre Valencia, y en tal caso, cabe preguntar si este instrumento de transferencias y de crédito no estaba desviado de su función propia... Estos hechos denotan un gran conocimiento de la letra de cambio en casi toda España, salvo la costa cantábrica»⁷⁰.

La obra de Lapeyre encierra, a más de las que acabo de exponer, otras enseñanzas. En el plano institucional se analizan, minuciosamente la organización y actividad de la *Taula* y sus relaciones con la hacienda municipal, la Administración central o las institucio-

69. H. LAPEYRE, *La Taula...*, p. 331.

70. H. LAPEYRE, *La Taula...*, p. 331.

nes valencianas, sobre todo, el Real Patrimonio y la Diputación del General.

Los aspectos sociales se perfilan, sobre todo, al recomponer las clientela nobiliaria, eclesiástica o mercantil de la *Taula*. Al tiempo que descubrimos facetas de los modos de vida y la actividad económica de los privilegiados, en la sólida monografía de Lapeyre se proporcionan pistas reveladoras sobre los mercaderes y banqueros valencianos, catalanes, italianos o franceses, los menestrales y los profesionales liberales.

Por último, es preciso referirse al estudio del comercio. El amplio campo de las instituciones mercantiles, la actividad comercial y el derecho marítimo son revisados con minuciosidad y rigor.

En conjunto, bien puede decirse que la última obra de Lapeyre no sólo cumple, sino que sobrepasa los objetivos que el autor se marcó.

Las conclusiones obtenidas por el ilustre investigador en sus obras fundamentales le han permitido divulgar y ofrecer cuadros de conjunto en múltiples ponencias, comunicaciones o escritos. Aparte los enunciados en páginas precedentes, debemos referirnos a trabajos como «Economía y sociedad en los países de la corona de Aragón durante el siglo XVI⁷¹». «L'organisation municipale de la ville de Valence aux XVI^e et XVII^e siècles»⁷², «La vida económica de Europa desde las postrimerías de la Guerra de los Cien Años hasta finales del s. XV», la síntesis dedicada a «La banque, les changes et le credit au XVI^e siècle»⁷³, «L'art de la guerre au temps de Charles Quint»⁷⁴ o «La dernière croisade»⁷⁵. Un interés menor, dentro de

71. "Economía y sociedad en los países de la Corona de Aragón durante el s. XVI", en *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, t. III, v. I, Valencia, 1973.

72. En *Annales de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Nice*, 1969, n.º 9-10, pp. 127-138.

73. "La banque, les changes et le credit au XVI^e siècle, en *Revue d'Histoire moderne et contemporaine*, 1965, pp. 248-297. Un aspecto parcial en el breve artículo "Une lettre de change castillane du debut du XV^e siècle", en *Revue Internationale d'Histoire de la Banque*, 1969, pp. 245-255.

74. En *Charles et son temps. Colloques Internationaux du Centre Nationale de la Recherche Scientifique*, París, 1956.

75. En *L'Espagne au temps de Philippe II*, París, Hachette, 1965, pp. 114-157.

su amplia bibliografía ⁷⁶, tienen los temas de Historia local o regional del Delfinado y la publicación de documentos o textos ⁷⁷.

Hemos hablado de la vinculación de Henri Lapeyre a Valladolid y a España, de su vida profesional y de su obra de investigación, pero quedan en la penumbra muchos otros aspectos. El primero y más eminente es su honradez y hombría de bien. En otras ocasiones, la hemos resaltado, y hemos ponderado también sus cualidades intelectuales y humanas y su peculiar manera de concebir la metodología histórica. No es ocasión propicia para extendernos más. Sin embargo, antes de acabar, permítanme Vds. que despidá a nuestro inolvidable amigo con las palabras que Dante dedicara a un poeta excepcional: «Tu duca, tu signore e tu maestro».

76. En esa línea está el artículo "Un adversaire dauphinois de Marchiavel: Innocent Gentillet", en *Bulletin mensuel de l'Academie Delphinale*, octubre de 1970, pp. 242-252.

77. "Documentos pour servir al 'histoire des foires de Lyon", en *Homenaje a R. Carande*, Madrid, 1963, t. II, pp. 221-246 y "Documents valenciens des Archives Ruiz", en *Homenaje al Dr. Reglá Campistol*, Valencia, 1975, t. I, pp. 449-454.